

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21

M. 37796

SERMON
DEL
APOSTOL SANTIAGO

QUE EN LA SOLEMNE FUNCION
CONSECRADA POR EL CAPITULO DE CABALLEROS

DE LA
ORDEN MILITAR Y RELIGIOSA DEL MISMO,
en su Iglesia de Señoras Comendadoras de esta
ciudad, el 25 de Julio de 1851,

PREDICÓ
el Licenciado Don Antonio Sanchez Arce y Peñuela,
CURA PROPIO
de la Parroquia de Cogollos de la Vega.

GRANADA: 1851.

IMPRESA Y LIBRERIA DE DON GERÓNIMO ALONSO,
calle del Colegio Catalino núm. 4.º

2 400 40

Salia

MADE IN SPAIN

SERMON
DEL
APÓSTOL SANTIAGO

QUE EN LA SOLEMNE FUNCION

CONSAGRADA POR EL CAPÍTULO DE CABALLEROS

DE LA

ORDEN MILITAR Y RELIGIOSA DEL MISMO,

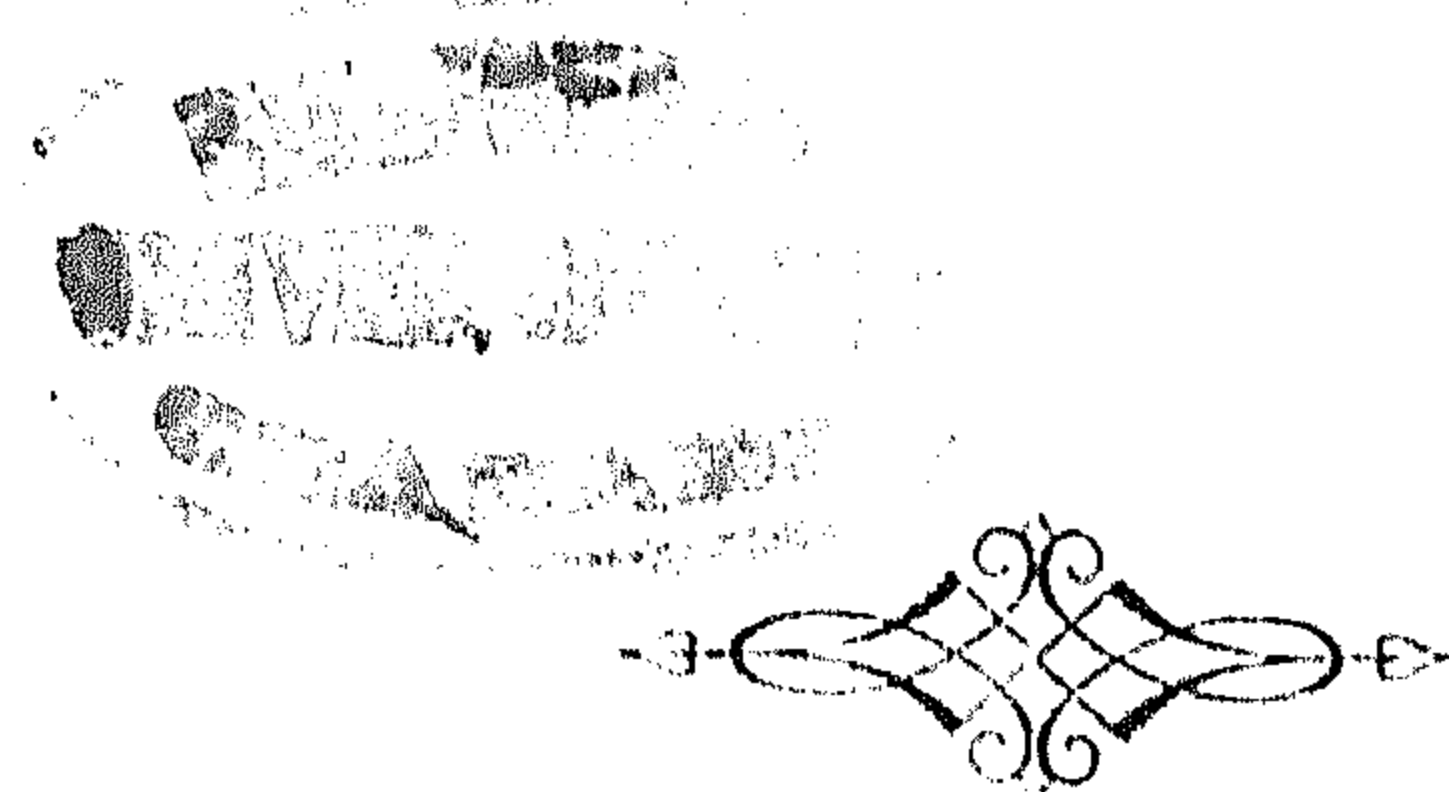
en su Iglesia de Señoras Comendadoras de esta
ciudad, el 25 de Julio de 1851,

PREDICÓ

el Licenciado Don Antonio Sanchez Arce y Peñuela,

CURA PROPIO

de la Parroquia de Cogollos de la Vega.



GRANADA: 1851.

——
IMPRESA Y LIBRERIA DE DON GERÓNIMO ALONSO,
calle del Colegio Catalino núm. 1.º

Á los Sres. D. Diego Gonzalez y Carbonell , D. Fernando Contreras y Aranda , D. Ramon Rull y Castaños, y Marques de Donadio, Vizconde de Miranda, Caballeros de la Orden de Santiago.

Invitado por vosotros para formar el elogio de vuestro Santo Titular, jamás creí corresponder dignamente á tan alto honor. Vuestra indulgencia, empero, ha llenado el vacío que la limitación de mis talentos dejara en el desempeño de mi cometido, y ella solo me hace acceder á vuestros deseos de dar á la prensa mi discurso.

Esta nueva dignación de vuestra parte empeña mi reconocimiento hácia vosotros y os da la seguridad de mis respetos.

Antonio Sanchez Arce
y Peñuela.



*Quærsivit bona genti suæ: et placuit illis potestas ejus,
et gloria ejus omnibus diebus.*

Procuró el bien de su nacion, y ellos vieron siempre
con placer su dominacion y su gloria.

Macab. lib. 4.º cap. 44 v. 4.

Ilustres Caballeros de Santiago :

Edentificadas las glorias de nuestra patria con las de la religion augusta que nos honramos de profesar, no pueden dignamente admirarse aquellas, sin que el alma se sienta impulsada á bendecir tambien esa misma religion bienhechora, que interviene de una manera eficaz en promover el bienestar de los estados, afianzar su independencia, y elevarlos á una altura de prosperidad y poderío á donde jamas llegaron aquellos otros que la desechan en su insensato orgullo.

Vuestra presencia en este sagrado recinto; esas cruces emblemáticas que ennoblecen vuestros pechos, designándoos como miembros de la esclarecida orden militar y religiosa de Santiago de la Espada: el humo del sagrado perfume que á vuestro nombre quema hoy el ministro del Señor ante sus venerandas aras, y que sube hasta su excelso trono, como efusion de vuestra piedad

y devoción al glorioso titular de vuestro instituto, todo revela esa union santa, esa reciprocidad de sentimientos religiosos y patrióticos que enaltecen vuestro origen, que hermocean vuestra historia, y son el mas brillante blason que os distingue á los ojos de vuestros compatriotas, cual á los de los pueblos extraños que siempre os contemplaron admirados.

Si hubo un pueblo que atento á los sacrificios del esforzado Simon, hijo de Matathias, ofrecidos en bien de su patria, lo aclamó por su caudillo, y por principe de los Sacerdotes, (1) vosotros no menos consecuentes á vuestros principios, tuvisteis presente que un nuevo Simon defendia la inmunidad de nuestras leyes patrias y la dignidad del Santuario, é inflamado vuestro espíritu, cual el de aquel pueblo os honrásteis de repetir sus mismas palabras, que immortalizan vuestro nombre. «Tú eres nuestro caudillo, ilustre Apóstol Santiago, dirige nuestras batallas, y haremos todo cuanto nos mandares.» (2).

Afliados bajo la gloriosa enseña de la Cruz, que nuestro Apóstol tremola el primero en la península, vuestras gloriosas hazañas os presentaron al mundo, cual animosos atletas que la patria bendice, y la religion elogia con sublimes cantos, y vuestros pechos escudados con ese signo Sacrosanto en forma de espada, ya no temieron oponerse á los dardos de la infiel morisma, y fueron otros tantos baluartes para defender las sagradas creencias que él mismo inculcó á nuestros padres, á despecho del politeismo, y de los tiranos que dominaban nuestro pueblo, realizándose en vosotros, por vuestra devoción á nuestro Patrono invicto, aquella solemne promesa hecha por Dios á Abraham, al intimarle la orden de pasar á la region de Canaan: «Bendeciré á los que te

(1) Ibid. 14, 55.
(2) 1. Mach. 15, 8 y 9.

bendigan y maldeciré á aquellos que te fulminen maldiciones» (1).

Sus sacrificios en bien nuestro reclamaban de vosotros, Señores, las reiteradas demostraciones de adhesion y piedad que en todos tiempos le habeis ofrecido. Como aquel patriarca abandona su pais natal y sus deudos, y la casa de sus padres, y su nombre ha sido engrandecido y bendito, y con él, el de su numerosa descendencia en este venturoso pais que se le ha dado en patrimonio, y altares mas suntuosos que los de Sichem y Bethell, erigidos por el justo de Harán hemos visto que nuestro Santo ha levantado al Señor sobre los escombros de los altares paganos. Celoso por el esplendor del culto público, cual Moysés pulveriza el becerro de oro á quien la idolatría rinde adoraciones (2), y semejante á Jehú rey de Israel ha esterminado una raza impía, como la de Achab; ha dado muerte á sus profetas, fanáticos visionarios, como los de Baal, y convertido en ruinas los templos de su ídolo (3). Ha procurado en fin, el bien de su pueblo, y este ha visto siempre con regocijo su dominacion y su gloria.

Pasemos á dilucidar estos pensamientos ciñéndolos á dos proposiciones. Primera: El Apostol Santiago, favorecido del Cielo con dotes extraordinarias, procura el bienestar de la nacion Española por medio de su apostolado. *Quæsivit bona genti suæ.* Segunda: Esta nacion magnánima se goza de hallarse bajo la tutela de su Santo Patrono, y mira con satisfaccion su gloria celestial. *Et placuit illis potestas ejus, et gloria ejus omnibus diebus.*

Dios mio, dignaos concederme aquella elocuencia que emana de vos, y con la que nuestro Apóstol triunfó de la elocuencia del siglo. Sois interesado, Señor, en ha-

(1) Genesis. 12, 5.
(2) Exod. 38, 19.
(3) 4. Reg. 10.

cer brillar vuestra gloria, reflejando en su incomparable mérito, y en prevenir con vuestra gracia nuestros corazones, para que le admiremos é imitemos sus virtudes; para ello recurro á su intercesion, y especialmente á la muy poderosa de María Santísima, nuestra Madre y Señora. AVE MARIA.

Señores :

Un pobre pescador de un lago de Galilea es hoy el héroe, que despues de diez y ocho siglos, excita todavía el reconocimiento de los hijos de la Hesperia, y la admiracion del mundo todo. Sin otras armas que el bordon del peregrino; sin mas riquezas que una barca y unas redes, que renuncia luego por seguir á Jesucristo, y sin la ciencia de los filósofos de Atenas y Alejandria, Santiago, hijo del Zebedeo, y de María Salomé, ha adquirido una celebridad mas grata y duradera que las de Alejandro y Creso, subyugando naciones, y amontonando el oro que deslumbra. ¡Ah! escrito está que la memoria del justo será eterna, y la maledicencia de los hombres no lo intimidará ⁽¹⁾.

En cambio de esos recursos de que carece, y que el débil poder del hombre ha escogitado para linsonjear su orgullo, y dar cima á su ambicion, el Apóstol de Betsaida ha adquirido la sabiduría de los necios, segun el mundo, que Dios ha escogido para confundir á los sabios, y la fortaleza de los débiles que Dios ha escogido para confundir á los fuertes ⁽²⁾. Tales son los elementos con que cuenta, al acometer la colosal empresa de someter al imperio de Jesucristo este pueblo invicto, tea-

(1) Ps. 111, 7.

(2) 1. Corinth, 1, 27.

tro sangriento del Cartaginés altivo y del orgulloso Romano, del Godo y del ostinado Sarraceno.

Su noble desinterés, su generosa abnegacion, su eminente virtud, que es una emanacion de la virtud misma de Dios, la ha bebido en la inagotable fuente de la gracia del Salvador, cuyas aguas resaltan hasta la vida eterna ⁽¹⁾. Testigo ocular de sus prodigios ora en la curacion de la suegra de S. Pedro, ⁽²⁾ ora en la resurreccion admirable de la hija de Jairo, ⁽³⁾ ya asistiendo á las glorias del Tabor, con preferencia á otros Apóstoles, ⁽⁴⁾ ya participando de las agonias de Getsemani ⁽⁵⁾, su fe se ha avivado prodigiosamente, cual la luz radiante del sol brilla con mayor fulgor á medida que avanza en las regiones de la aurora; y su caridad ardiente, como el amor de los Serafines, inflama su corazon en aquel fuego divino que á extinguir no bastan la tribulacion, ni la angustia, ni el hambre, la desnudez, el peligro, la persecucion, ni la espada ⁽⁶⁾. De aquí el celo sacrosanto que lo distingue sobremanera, hasta merecer que el Salvador lo llame Boanerges ó hijo del trueno ⁽⁷⁾, celo que hace ostensible ante los muros de la infiel Samaria ⁽⁸⁾, cuyos habitantes cierran las puertas á su Maestro, y que se parece al que mostraron Finees con los pecadores Zambri y Cozbi, hija de Sur, ⁽⁹⁾ y Elias con los soldados del Rey Ochozias ⁽¹⁰⁾.

A vista de estos destellos de su alma ¡cuán elevado concepto debemos formar del carácter de nuestro Santo, tan adecuado para la grande obra á que la Providencia Divina lo destinaba! Yo no desconozco que ellos

(1) Joan. 4, 14.

(2) Marc. 1.

(3) Ibid. 5, 37.

(4) Math. 17, 1.

(5) Ibid. 26, 37.

(6) Rom. 8, 35.

(7) Marc. 3, 17.

(8) Luc. 9, 54.

(9) Num. 25.

(10) 4. Reg. 1.

revelan cierta dureza y rigidez opuesta al espíritu de le-
nidad y mansedumbre del evangelio; verdad es que en el
boceto del grande cuadro que ofrece su vida se notan
esos rasgos imperfectos que el mismo Salvador ha ta-
chado ⁽¹⁾, pero no os admireis, Señores; distingamos
el pescador de Tiberiades del Apóstol de Jesucristo. Aun
no se habia consumado el misterio de la Cruz, ni la
gracia del Espíritu Santo habia descendido sobre el co-
razón de los Apóstoles, como sabiamente ha notado S.
Juan Crisóstomo ⁽²⁾. Veámoslo empero despues de ese
acontecimiento de donde parten aquellos hechos porten-
tosos de virtud y denuedo, imperfectamente remedados
por los filósofos, hechos que no han podido menos de
confesarse por los mas encarnizados enemigos de la re-
ligion, y que han tegido la corona de gloria que ei-
ñe la frente de los enviados de Dios. Contemplémosle
en las plazas y calles de la descreida Jerusalem, salpica-
da todavia con la sangre de su inocente y divina víctima;
sigámosle á los pueblos de Judea y de Samaria, ante el
Sanhedrin, á presencia de los fariseos y de los escribas,
de los sacerdotes y doctores... ¡Ah! Santiago es el en-
viado del Todopoderoso. No lo dudemos. La virtud que
lo caracteriza no la conocieron ni Ciceron, ni Sócrates,
ni Platon, ni tuvo su origen en el Areopago, en el Pór-
tico, ni en el Liceo; es hija del Cielo, y el Espíritu del
Padre la ha inspirado á nuestro Apóstol, desterrando de
su alma las groseras preocupaciones de su pueblo. Con
ella anuncia á Jesucristo crucificado, enseña los misterios
de la Cruz, declarando á todos las verdades del Evan-
gelio, y sus máximas sacrosantas, único origen de la fe-
licidad temporal y eterna, y demuestra que en el Justo del
Calvario se ha realizado cuanto del Hijo verdadero de
Dios está escrito en los Salmos y en los Profetas.

(1) Luc. 9, 55.

(2) Homil. 66 in Math.

Un hombre de tan eminentes prendas necesitábase cier-
tamente para ser la sal de la tierra y luz del mundo ⁽¹⁾,
cuyos esplendorosos rayos iluminasen á los que desgra-
ciadamente se hallaban aun en las tinieblas de la idola-
tría, sentados en las sombras de la muerte en esta na-
cion magnánima, y tal era el Apóstol esclarecido que el
Cielo enviaba á España para obrar su regeneracion, y
llegar á obtener un dia el glorioso renombre de *Católica*,
que aun conserva á despecho del lastimoso vértigo de
inmoralidad, y reforma que se ha apoderado de los de-
más pueblos del continente europeo.

¡Oh! gózate en tu dicha, amada patria mia, levántate,
te diré cual un Profeta á Jerusalem, levántate Sion; vis-
tete de los vestidos de tu gloria, desata las cadenas de
tu cuello, cautiva hija de Sion. El Señor te llama como
á mujer desamparada y angustiada de espíritu, como á
mujer que es repudiada desde la juventud. El Señor tu
Dios compadecido de tí ha dicho: ¡Pobrecilla! combati-
da de la tempestad, sin ningun consuelo, yo pondré por
orden tus piedras, y te cimentaré sobre zafiros, y haré
tus baluartes de jaspe, y tus puertas de piedras enta-
lladas, y todos tus recintos de piedras preciosas. Todos
tus hijos serán enseñados por el Señor, y gozarás abun-
dancia de paz. Ea pues, venid á las aguas todos los se-
dientos, y los que no teneis dinero apresuraos, comprad
y comed; venid, comprad sin dinero y sin cambio algu-
no vino y leche ⁽²⁾.

Con efecto; tiempo era ya, señores, de que los hijos
de la Iberia, en vez de las tristes decepciones que su-
frieron en todos tiempos de cuantos, abusando de su
generosidad, le habian ofrecido ventajas para esclavi-
zarlos despues, recibiesen la verdadera libertad del Evan-
gelio, aquella libertad sacrosanta que es la preciosa ga-

(1) Math. 5, 13, 14.

(2) Is. cap. 52, 54, 55.

rantía de los derechos de los pueblos, y de las prerogativas de los reyes; aquella libertad celestial que ha quitado el muro de separacion que habia entre el Judío y el Griego; entre el hombre libre y el desgraciado esclavo; (1) aquella libertad que asegura la independenciam de los pueblos, y consolida la paz de los mismos; que une á los hombres y á las familias con vínculos tan suaves como fuertes, por medio de la caridad, y promueve la ilustracion, porque ella es hija de la luz, y aborrece las tinieblas; que fomenta la agricultura y el comercio, y facilita las sendas de la prosperidad temporal, dignificando al mismo tiempo las acciones del justo, para que merezca la vida bienaventurada que Dios ha preparado á sus elegidos antes de la constitucion del mundo (2).

Al anunciar á nuestros padres esa libertad, que Jesucristo compra para nosotros en la Cruz, á precio de su sangre, no lo hace ostentando una elocuencia mundanal, con que muchas veces se seduce á la multitud, y que sirve de velo para ocultar intenciones poco rectas; no lo hace con sublimidad de palabras, ni de sabiduría; porque no cree saber algo sino á Jesucristo y este crucificado. Su predicacion cual la de S. Pablo á los cristianos de Corinto, (3) no es en palabras persuasivas de humano saber, sino en demostracion de espíritu y de virtud. Ni lo acompañan el fausto y opulencia de los grandes, para captarse por estos medios la atencion pública, ni espera otra recompensa de los hombres que el desprecio, la abyeccion, y tal vez la muerte que está pronto á arrostrar por sus hermanos. Atento á las instrucciones del celestial Maestro no se ha afanado por llevar en su cinto oro ni plata, ni preparó alforja para el camino, ni túnicas, ni calzado (4). Por toda recompensa

(1) Gal. 3, 28.

(2) Math. 25, 34.

(3) 1.º Ep. 2.

(4) Math. 10.

en esta vida se le predicen sinsabores y los mas duros tratamientos, cual á sus cólegas en el apostolado: Jesucristo les habia dicho: yo os envio como corderos á los lobos. Os harán comparecer en sus asambleas, y os azotarán en sus sinagogas, y por mi causa sereis perseguidos (1).

Señores: á vista de este cuadro, por cierto nada halagüeño para la humana naturaleza, y harto diferente de esas gratas perspectivas que en su ambicion se crean hombres que blasonan de amantes de la humanidad para engrandecerse á sí mismos, y ante el cual hubieran retrocedido espantados, nuestro glorioso regenerador no se intimida; aceptó gozoso la copa de amargura que se le presentaba, y confirma con sus obras aquella aceptacion de la misma, solemnemente expresada con esta palabra enérgica *Possumus* (2). Si, Dios mio, ayudado de vuestros auxilios, estoy dispuesto á todo género de sacrificios, para exaltar vuestra inmensa gloria, y procurar el bien de la grey que me habeis confiado.

Tan noble grandeza de alma caracterizaba al bienaventurado Santiago, y tan necesaria era habiéndose lanzado en el mundo pagano; en ese mundo de la fuerza, de la voluptuosidad, del feroz orgullo y de la mas torpe corrupcion, como lo califica un escritor de nuestros dias, (3) en ese mundo que toleraba á un Tiberio. un Claudio, un Neron, un Heliogábalo, que les tributaba incienso, y que en cambio de una servidumbre tan brutal no les pedia mas que dos cosas: *pan y fiestas*. Tal era la degradacion del pueblo que nos vió nacer, y que servia de teatro á los trabajos apostólicos del infatigable Santiago. Renunciar pues de repente el culto de la idolatría defendido con la majestad de los antepasados, armado con la supersticion, y sobre todo identificado

(1) Math. 10.

(2) Math. 20, 22.

(3) Estud. Filos. sobre el Crist. tom. 3 pág. 414.

con los vicios del alma, y con las mas violentas, y mas agradables afecciones de la naturaleza para sustituirlo por un culto sencillo, al par que majestuoso, y digno del Ser Supremo, inculcando á la vez las mas puras virtudes del cristianismo, tales como el perdon de las injurias, la penitencia, la caridad, el sacrificio que elevan el alma hasta ponerla en contacto con la Divinidad, y forman la felicidad de los asociados, y preparan un eterno porvenir; he aquí en bosquejo la grande obra que plantea el Santo Apóstol de España. Con una cruz en la mano se le admira predicando el Evangelio, cual al Bautista anunciando el bautismo de penitencia en las riberas del Jordan ⁽¹⁾. Entre las estatuas de los dioses, y las saturnales de su culto, recorriendo los pueblos del Mediterráneo hasta las montañas de Galicia y de Lusitania, y desde estas hasta las márgenes de los caudalosos Ebro y Tajo, el denodado atleta de Jesucristo pasa, como este Señor, haciendo bien á todos, sin dejar en sus huellas la sangre y el esterminio que señalan la planta del conquistador. Abrasado en caridad clama y no cesa, como Isaias de anunciar los misterios de la Cruz. Sacerdote grande y perfecto, como Onias; humilde y penitente, como David; piadoso y recto, como Tobias, insta por todos los medios, como Pablo, y nada omite en las funciones de su ministerio para alcanzar la santificacion de sus hijos, y su engrandecimiento, justificando plenamente la verdad de mi primer aserto: el Apóstol Santiago, favorecido del Cielo con dotes extraordinarias, procuró el bienestar de la nacion Española por medio de su apostolado, *Quæsivit bona genti suæ*.

Voy á ocuparme de hacer ver: cuan gratas han sido siempre á esta nacion las glorias de nuestro Apóstol, y la proteccion que sobre ella ejerce desde la patria Celestial: *et placuit illis potestas ejus, et gloria ejus omnibus diebus*.

(1) Marc. 1, 4.

La simiente misteriosa de que S. Lucas nos habla en su Evangelio ⁽¹⁾ habia sido arrojada á nuestro hermoso suelo por el Sto. Labrador que el gran padre de familias Jesus envió á su heredad escogida, y con ella el gérmen del buen fruto que este mismo Señor deseaba fuese permanente ⁽²⁾. Merced á los cuidados Evangélicos del esclarecido Santiago quedaban establecidos los fundamentos de la Iglesia Hispana, y la creacion de sus legítimos pastores en los siete discípulos que habia asociado á su alta mision, entre los que resplandece el ilustre S. Cecilio, primer prelado de Granada, y especial abogado nuestro, y de este modo inaugurada la era de bienandanza y prosperidad de los Españoles.

Empero esta luz esplendorosa, nacida para los justos y que debia servir de gozo para los de corazon recto ⁽³⁾, despues de lucir en nuestro hemisferio, va á eclipsarse en aquellas mismas regiones que la vieron levantarse, cual gigante que se adelanta soberbio, ó cual esposo radiante, que sale del tálamo nupcial. Jerusalem, que sacrifica á sus Profetas, no se ha saciado aun de sangre, y la sangre de nuestro bienhechor, de nuestro buen padre tinta aquel recinto enrojecido aun con la que deramó su mismo Maestro. La cuchilla del tirano ha caido sobre el cuello del justo. En su muerte se goza el despiadado Herodes Agripa, y con ella la sinagoga se regocija, y el pueblo réprobo lanza un grito de triunfo. Pero ella tambien abre á nuestro Santo las puertas de la inmortalidad; allí están los premios, allí las coronas, allí el gozo interminable de los bienaventurados, y si Pedro es el primero de los Apóstoles, porque á él fué concedido el primado de honor y de jurisdiccion ⁽⁴⁾, y si An-

(1) Cap. 8.

(2) Joan. 15, 16.

(3) B. 96. 41.

(4) Joan. 21.

drés lo es en su vocacion ⁽¹⁾ y Juan en el amor, porque con preferencia á los demás Apóstoles lo amaba Jesucristo, ⁽²⁾ Santiago lo es en el martirio, ⁽³⁾ que le facilita la entrada á las moradas eternas para sentarse á la diestra de Jesucristo en su reino inmortal, como lo habia pedido anticipadamente su buena madre ⁽⁴⁾. Porque aunque al parecer del insensato mueren las almas de los justos, y la salida de ellos de este mundo se reputa como afliccion, ellos reposan en verdadera paz, y su esperanza está llena de la inmortalidad. Probados, como el oro en el crisol, los ha recibido Dios como ofrenda de holocausto. Ellos juzgarán las naciones, dominarán los pueblos, y eternamente reinarán con su Señor: así lo ha dicho el Espíritu Santo ⁽⁵⁾.

Esta promesa consoladora ha tenido su cumplimiento en el Hijo esclarecido del Zebedeo, y con ella han renacido en nuestros corazones las esperanzas que su muerte pudiera habernos arrebatado. Su triunfo en la Sion de la gloria, y la proteccion que desde ella nos dispensa alegra los dias de nuestra mortalidad en esta region de dolor y de lágrimas. No necesitaré aducir una larga serie de razonamientos, para poner en evidencia estas verdades. El exámen de los hechos que la historia nos presenta, y vuestra noble institucion, floreciente bajo las banderas del Santo caudillo de los Españoles, dicen mas que todas las teorías que pudiera desenvolver para probar mi tesis.

En tanto que conducidos por la antorcha de la fe penetramos las tenebrosas mansiones de la muerte para aparecer en la patria de los elegidos de Dios, y en ella contemplamos al héroe de nuestros cultos, intercediendo por nosotros ante el trono del Eterno; cuando de él po-

(1) Liran. in Joan. cap. 1.
 (2) Ecl. in off. S. Joan. Ev.
 (3) Ibid. in off. S. Jac.
 (4) Math. 20, 21.
 (5) Sap. 5.

demos decir lo que Onías manifestó á Nicanor de Jeremías Profeta; he aquí el amador de sus hermanos y del pueblo de Israel; él es el que sin cesar ruega por la prosperidad del pueblo, y por toda la ciudad santa ⁽¹⁾; los anales de nuestro pueblo vienen á corroborar este dogma de nuestras creencias, que tan grato fué siempre á nuestros mayores, y que tan inmensas ventajas reportó á los habitantes de la Iberia.

Ese célebre santuario que la piedad de Alonso III el Casto, erige en Galicia para que en él reposen las venerandas reliquias de Santiago, providencialmente traidas del Asia á la península ⁽²⁾, será un monumento que, sobreviviendo á la accion del tiempo, y á los embates de las revoluciones patentizará al mundo la piedad y gratitud de los que se honran con su patrocinio. Penetrad sino en su recinto, descontentos excépticos de nuestro siglo, y si llenos de admiracion visteis un dia á los Francos acudir en tropel á Tours al sepulcro de S. Martin, cuya capa servia de adorno á los reyes y de estandarte á los ejércitos; si con sorpresa contemplásteis á Longobardos llegar al monte Gárgano, santificado por la aparicion del arcángel S. Miguel, y á los Italianos acercarse al monte Casino, para venerar el sepulcro de S. Benito ⁽³⁾, avergonzaos de vuestra incredulidad al visitar á Compostela, donde la afluencia de peregrinos es inmensa para orar ante los despojos preciosos del Sto. Apóstol que nos enjendró en Jesucristo por el Evangelio ⁽⁴⁾.

Ovacion tan explícita no es hija por cierto de las preocupaciones de las épocas, ó tal vez de la ignorancia y credulidad de algunos, como se supondrá por los enemigos de las prácticas religiosas. Es la expresion de la piedad mas pura, es la señal inequívoca de la gratitud, es el resul-

(1) 2 Mach. 15, 14.
 (2) Ecl. in off. Transl. S. Jac.
 (3) Cantu. Hist. Univ. tom. 43 lib. 11.
 (4) 1 Corinth. 3, 15.

tado de los sentimientos mas dulces de la vida. Podrán acaso las preocupaciones exaltar el alma de unos cuantos hasta enjendrar el fanatismo, que la religion detesta; pero hombres de varias épocas, de diferentes y remotos paises, con distintos hábitos, bajo la influencia de diverso régimen de gobierno, no se preocupan fácilmente todos, ni esas preocupaciones son tan poderosas que ellas solas los hagan cruzar los mares, trepar altas y fragosas montañas, y sufrir las fatigas de un largo viage, sin otros recursos las mas veces que un bordon y unas conchas que los señalan como peregrinos. Siendo cierto además que ante el sepulcro sacrosanto de Santiago lo mismo curva su rodilla el infeliz proletario, que el mas grande potentado; lo mismo el hombre de escasos talentos, que el ilustrado y el sabio, y la voz de los príncipes de la Iglesia mas de una vez se ha confundido con la de reyes poderosos para entonar himnos de alabanza y reconocimiento á nuestro primer prelado, bajo las bóvedas de su majestuosa basílica. ¡Ah! él es un padre benéfico que ha velado siempre por la suerte de sus hijos, y estos no podian desconocer su incansable solicitud. Vieron con alegría su gloria y proteccion, y el conquistador ofrecióle su guirnalda de laurel y su espada, que él sostuvo desde el Cielo en los combates; á la vez que el humilde pastor le presentaba las primicias de sus rebaños, regando sus aras con aquellas lágrimas que la piedad excita y la gratitud reclama.

No son estas suposiciones arbitrarias; son hechos ante los cuales, la maledicencia enmudece, y de los que la mas severa crítica nada tacha. Testigos de ellos sois vosotros, nobles caballeros. Vuestra historia habla de una manera incontestable. Cuando en el siglo XII la provincia de Asturias, entonces carretera de Santiago, veíase ocupada por los Sarracenos para inquietar á los cristianos que pasaban á visitar el sepulcro de nuestro héroe

en dicha ciudad, por voto comun os obligásteis á tomar las armas para asegurar los caminos públicos contra las incursiones de los infieles ⁽¹⁾. Trece caballeros levantaron el pendon de la Cruz, asociados con los canónigos de S. Eloy para tan santa empresa por la oferta que de sus servicios les hizo á nombre de los demás D. Pedro Fernandez de Fuente Calada, vuestro primer maestro, y bien pronto el nombre glorioso de Santiago oyose repetir con entusiasmo por vuestros predecesores, como la mas preciosa garantía del éxito de vuestros loables proyectos, y como prueba de la confianza con que acometian tamaña empresa.

¡No permita el Cielo que al hablar de vuestro relevante mérito mancille mis labios la lisonja siempre odiosa!... Pero no; vuestro nombre, sin el apoyo de mezquinas pasiones, ocupa un lugar preferente en los anales de nuestra historia, y los fastos de la Iglesia os han consagrado una de sus mas hermosas páginas.

Así es: ligados los bizarros militares de la Orden de Santiago con los tres votos, que la religion ha consagrado, si bien dispensados despues del de pobreza por el Papa Inocencio VIII, ⁽²⁾ se les vió defender siempre la Iglesia de Dios y poner sus ánimas por el ensalzamiento del nombre de Cristo; y contradecir continuamente á la crueldad de los moros, segun se halla prescrito en el capítulo 25 de sus estatutos, sin que por entonces se pensase que en el siglo XIX, en nuestros dias, á la faz de la Europa, y del mundo todo, habiase de sostener en la católica España, no que se extinguiesen esas órdenes militares, se exige mas; se dice que no es justo se tolere un ejército de defensores de la fe; cuando vemos que la impiedad avanza para derrocar los fundamentos del edificio social y religioso, y cuando esos defen-

(1) Ducreux. Hist. Ecl. tom. 6 art. 9.

(2) Establec. de dicha Orden cap. 8.

sores de que se habla son los mismos que por sus convicciones, por su instituto y por las leyes de la Iglesia y del Reino están obligados á defenderla aun á precio de su misma vida, y ¡ay del día en que falte de nuestra nación ese apoyo de las instituciones y del orden social!

Pero los guerreros de Santiago, valientes, generosos, interesados en las glorias de nuestra patria y de nuestra fe y ansiosos de exaltar el nombre bienhadado de nuestro Patrono, no podían abortar tan erróneo principio, y escudados con la sancion que á su instituto diera la Iglesia por su Vicario Alejandro III, el 5 de Julio de 1175, y con las garantías que los monarcas de España les concedieron ⁽¹⁾, fueron á la vez una cruzada permanente, y un dechado de virtudes caballerescas y eminentemente patrióticas, con las cuales estuvieron prontos, á semejanza de los hermanos Macabeos, á morir por las leyes, y en defensa de su patria ⁽²⁾.

Yo deseara, señores, que los estrechos límites de mi discurso me permitiesen reseñar los hechos de armas de ésta inmortal Orden; terror de las vandálicas cohortes del Africano en nuestro suelo, y que tantos días de gloria ha dado á sus hijos. Bastará, empero, repetir á este propósito las palabras de un historiador inglés, de Washington Irving, hablando de las tropas reunidas en Córdoba para abrir la campaña de 1486 en la conquista del reino de Granada, entre las que figuraban los caballeros de Alcántara, de Calatrava y de Santiago, de los cuales dice: «Estos guerreros eran la flor de la milicia castellana; el continuo ejercicio de las armas los había hecho diestros en la guerra y terribles en los combates: montados en poderosos caballos, parecían castillos; al paso que la sencillez de su traje, y la calma y serenidad de su valor, contrastaban admirablemente con los vanos

(1) Dichos Establece. Madrid 1752.

(2) 2 Mach. 8, 21.

adornos, y arduosa vivacidad de los demás caballeros ⁽¹⁾.»

Tanto denuedo y bizarría prueban su gratitud al Santo Apóstol bajo cuyos estandartes militaban; no menos que la proteccion del mismo en el campo de batalla, pues tal es el valor que inspiran los sentimientos religiosos. Favorecidos de ella asaltaron mas de una vez los muros de nuestros invasores; á banderas desplegadas los batieron desde los Pirineos hasta las columnas de Hércules, y coligados con los demás caballeros de Andalucía, aseguraron á costa de su sangre la independencia nacional y la libertad del culto católico, sacudiendo un yugo ominoso que por mas de siete siglos encadenó al león de Castilla. Dieron cima á la heroica empresa que Pelayo comenzó en las breñas de Asturias, abatiendo la arrogancia de los Muslimes, y en la conquista de esta celeberrima Ciudad, último baluarte de los infieles, verificada el 2 de Enero de 1492, vióse al impertérrito D. Alonso de Cárdenas, comendador mayor de Leon, desplegar desde las torres de la Alhambra el pendon glorioso de la Orden, á cuya vista entusiasmado el ejército cristiano no pudo menos de exclamar: Santiago! Santiago! ⁽²⁾. Ah! era el mismo grito, cuyo mágico acento veces tantas lo había conducido á la victoria, y que ahora en momentos tan solemnes daba testimonio de su religiosa gratitud al Santo bajo cuyos auspicios guerreaban.

Tal era el fervor del ejército y pueblo Español debido á la proteccion que el glorioso Santiago les dispensaba. No podia ser de otro modo. Le habían visto renunciar las comodidades de la vida, abandonar su patria, sus deudos, sus amigos, los objetos mas caros de nuestra alma por seguir á Jesucristo, y emprender la conquista de estos reinos, no para dominarlos como vencedor que

(1) Cron. de la Conq. de Gran. tom. 1. cap. 51.

(2) Dicha Crónica tom. 2 cap. 58.

esclaviza, si para convertirlos á la fe del Nazareno, y dirigirlos como padre que anhela la felicidad de sus hijos. A tan santos fines hemos visto enderezar sus esfuerzos y el Cielo que lo honró con sus favores, ha premiado tambien aquellos ejercidos en nuestro bien. *Quæ-sivit bona genti suæ.* Así lo han testificado en todas las edades nuestros compatriotas concurrendo á venerar sus cenizas en Compostela, y pedirle mercedes en sus necesidades, pudiendo en tal caso aplicar á nuestro protector aquellas palabras de Isaias: «de invocarán los pueblos, y su sepulcro será glorioso» ⁽¹⁾, y si su muerte pudo alentar á los enemigos de nuestro pueblo, cual á los del pueblo de Israel cuando murió Jonathás, y en su gozo clamar como aquellos: «no tienen caudillo ni quien los asista; ahora es tiempo de cebarnos sobre ellos y de borrar su memoria de entre los hombres» ⁽²⁾, un triste desengaño debió desvanecer sus ilusiones, puesto que una hueste gloriosa lo invocó despues de su tránsito á la vida de los Santos, para defender los derechos de la humanidad y de la religion, y contra las robustas lanzas de tan bravos caballeros se quebraron los alfanjes del Sarraceno fanático, y ante su valor cedió el valor de los falanjes infieles reconociendo siempre con placer en sus triunfos la gloria y proteccion del esclarecido y nunca bien encomiado Santiago: *et placuit illis potestas ejus, et gloria ejus omnibus diebus.*

Señores. Al recordar estos hechos el corazon se agita con unas emociones tan vivas como dulces, ¡Oh, dichoso el pueblo que en la defensa de sus derechos puede contar con el auxilio del Cielo! Los que vosotros prometisteis defender, fueron siempre inviolables, justos y sagrados, porque sagrados, justos é inviolables son los derechos de la Iglesia, de la viuda y del huérfano, para cuya

(1) Cap. 11, 10.
(2) 1 Mach. 12, 54.

defensa se os dió esa espada que ceñis, pidiendo á Dios su fortaleza, al bendecirla, por los méritos del bienaventurado Apóstol Santiago, vuestro excelso titular ⁽¹⁾. ¡Al Cielo plegue no perdais de vista objetos tan dignos de vuestros cuidados! En ello se interesan el honor de vuestra noble profesion, la religion del juramento que habeis prestado, y el lustre y esplendor de vuestro nombre y de la patria que os admira. Dios sostendrá vuestra fidelidad, glorioso distintivo de vuestros antepasados, y con ella dareis ejemplo á nuestro siglo, viciado por mezquinos intereses, por pasiones innobles, á nuestro siglo olvidado de las antiguas glorias de esta nacion, tan grande, tan poderosa y émula un dia de las demás naciones. Entonces nuestro Santo Patrono, atento á vuestras virtudes cívicas y religiosas, aceptará benigno estos cultos que un deber os impone ⁽²⁾, y que vuestro corazon le ofrece hoy con reverente piedad.

Y vosotros, mis amados hermanos, prosternaos ante las aras de nuestro Pontífice, de nuestro Abogado y cariñoso Padre. Nos ha amado siempre con especial predileccion, y á su solicitud debemos esa fe celestial que es nuestra mayor dicha durante nuestra peregrinacion en esta vida perecedera: él nos libró del poder de las tinieblas, para trasladarnos al reino de Jesucristo por los méritos de este Señor ⁽³⁾. Desde las mansiones de la gloria pareceme que os habla, cual el Apóstol de las gentes á los fieles de Colossas, advirtiéndoos los deberes que os enseñó, y el cumplimiento de los mismos. «Estad sobre aviso, os dice, para que ninguno os seduzca con doctrinas perniciosas y vanos sofismas, segun la tradicion de los hombres, segun los elementos del mundo, y no segun Cristo. Vosotros, como escogidos de Dios, santos y

(1) Dichos Estab. tit. 4.
(2) Ibid. tit. 8 cap. 7.
(3) Coloss. 1, 15.

amados, revestios de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, y sobre todo tened caridad, que es el vínculo de la perfección. Todo lo que hagais hacedlo de corazón, como por el Señor, y no por los hombres; sabiendo que recibiréis de Dios el galardón de la herencia ⁽¹⁾.»

Así lo ejecutaremos ¡oh esclarecido defensor de España! pero ¡ay! nuestros esfuerzos serán impotentes, si un poder sobrehumano no los sostiene. Alcánzanos pues ese poder que emana de Dios. Con él triunfaremos de nuestras pasiones encontradas: con él el mundo verá frustradas las insidiosas maquinaciones que para nuestra ruina ha concebido; y la fe que á precio de inmensos sacrificios supiste inspirar á tus protegidos, se verá victoriosa de los amagos del infierno, empeñado en oscurecer su brillo con las doctrinas disolventes que ha abortado en su furor. Ahuyenta de tu Iglesia los enemigos de esa misma fe que en herencia legaste á nuestros padres; inspíranos el santo celo con que la has defendido en nuestro pueblo, y poniendo de acuerdo con ella nuestras obras hagámosnos merecedores de tu patrocinio en la tierra, y de tu compañía en el Cielo, para entonar contigo himnos de paz, de bendición y gloria á Dios, que vive y reina por siempre.



(1) Cap. 2, 5.